

PROPUESTA DEMOCRÁTICA

Hojeaba el periódico mientras me tomaba el café en la barra, cuando se me acercó un sujeto preguntando: «Usted trabaja en Viajes Total, ¿verdad?». Le había visto algunas veces en el bar, pero nunca intercambié una sola palabra con él. Tras confirmarle su certeza, prosiguió:

—Permítame que me presente yo mismo. Me llamo Pascual Ibarreche y, desde hace tiempo, vengo en el deseo de hacerle una propuesta, una propuesta democrática, por supuesto.

Una breve pausa y continuó:

—Yo contrato todos mis viajes en su compañía y puedo asegurarle que jamás he tenido la más mínima queja. El itinerario de ruta, los hoteles, el transporte, las visitas, los horarios... todo se cumple con arreglo al programa previsto. Es una maravilla. Por supuesto, siempre surgen algunos metepatas que no encuentran nada a su gusto, en particular la comida, que la consideran insuficiente. Hay gentes que salen de viaje con la única intención de llenar la andorga o de *cepillarse* a cualquier mujer, soltera o casada, que ande suelta por ahí. Los monumentos, la historia, el paisaje, las obras de arte, les traen sin cuidado. En mi último viaje, precisamente a Italia, un individuo malencarado intentó agredir al guía de la expedición porque las comidas, según él, eran malas y escasas. Es que las personas no somos dialogantes. Queremos lograr nuestros objetivos avasallando a los demás, por la intimidación de la fuerza y la violencia más elemental, olvidándonos de esa herramienta tan preciosa que es el diálogo

—Hay gente *pa tó* —dije en broma parodiando la frase del torero.

—Ni que lo diga. Debemos tomar el viaje como lo que es, una verdadera fiesta, la

mejor de todas. Aparte de las cosas que ves... conoces a otras gentes, haces nuevas amistades y se producen anécdotas y chascarrillos a lo largo del recorrido en verdad auténticamente divertidos. Entrando en el Vaticano me acordé del famoso comentario del humorista *Gila*: «Y empezaron con un pesebre». El grupo se desparramó por la basílica y a la salida cada cual confesaba lo que le había pedido a San Pedro: «Que su hijo aprobara el curso; que su hermana saliera bien de la operación de vesícula»... Una señora me preguntó qué había solicitado yo: «Que no pongan macarrones en las próximas comidas; nos salen por las orejas», le contesté.

El sujeto estalló en sonoras carcajadas.

—No me diga que no es una ocurrencia genial —me emplazó todavía riendo.

Sonreí levemente por mero compromiso a la vez que consultaba mi reloj.

—Por la tarde visitamos las Catacumbas, que es un laberinto de pasillos y galerías subterráneos, muy mal iluminados. Al cabo de un buen rato de caminar y caminar por aquellos lóbregos agujeros horadados bajo tierra, algunos del grupo andábamos bastante inquietos porque habíamos pasado por el mismo sitio en varias ocasiones. «A ver si este tío —por el guía— se ha perdido y no salimos de aquí en toda la vida». Al finalizar la visita, el guía nos reunió a todos antes de salir en una especie de rotonda, se encaramó en una tarima y nos instó a que le hiciéramos las preguntas que considerásemos oportunas para ampliar o aclarar nuestros conocimientos sobre las Catacumbas. Inmediatamente levanté el brazo. «¿Qué quiere saber?». Y yo le respondí: «¡Que cómo y cuándo salimos de aquí!».

El sujeto volvió a reír con renovados ímpetus. Yo consulté de nuevo mi reloj advirtiéndole:

—Excúseme, pero tengo que estar en la oficina a las cinco y se me hace tarde.

—Un segundo nada más —me rogó—, que le voy a contar la última. Estábamos en la

sala donde se exhibe el *David* de Miguel Ángel, una estatua de lo menos cinco metros de altura. Me dirigí a la guía haciéndole la siguiente observación: «Oiga, si así de grande era *David*, ¡como sería *Goliat*!». Todos los allí presente celebraron mi ocurrencia, pero la guía cogió un mosqueo de campeonato. Sin embargo, algunas señoras salían comentando vulgaridades: «Grandes músculos, pero exigua colilla». «Mucha dinamita y poca mecha». De esta manera entiende la gente el arte. Una verdadera pena.

—Otro día continuaremos, pero el deber es el deber, le dije iniciando la salida del bar. Él me siguió hasta la puerta.

—Con el relato del viaje, se me ha olvidado lo principal. Yo le quería hacer una propuesta.

—¿Profesional?

—No. De carácter personal

—Bueno. En otra ocasión.

Así quedaron las cosas, pasé el fin de semana con la familia y me olvidé del asunto. No sucedió lo mismo con el sujeto de marras, que me esperaba el lunes, a la hora del café, en mi bar habitual. Me saludó efusivamente, como si fuéramos amigos de toda la vida que no nos hubiéramos visto en mucho tiempo. Se interesó por mi familia y por cómo lo había pasado el fin de semana. Me invitó a tomar café en la mesa del fondo. Una vez sentados y con los cafés humeantes sobre la mesa, en un tono menos festivo, me recordó:

—El viernes le anuncié que deseaba hacerle una proposición de carácter personal que, por supuesto, mantengo.

—Usted dirá.

—Ante todo, es mi deseo anticiparle que la actitud que más valoro en una persona es

su capacidad de diálogo. La palabra, la comunicación, el debate sereno, la racionalidad en los argumentos, son mis señas de identidad. La violencia verbal conduce siempre a la violencia física. Vivimos afortunadamente en una democracia, lo que nos permite expresarnos libremente sin censuras ni cortapisas. Mire usted, si yo hubiera nacido noble, en mi escudo de armas figuraría de manera destacada la siguiente divisa: «Hablando se entiende la gente». Ya decía Churchill con gran sabiduría: «Es mejor chacharear que guerrear».

Tomó un sorbo de café antes de proseguir:

—En un régimen de libertades como el nuestro no cabe sobresaltarse ante propuestas o iniciativas por muy descabelladas que parezcan, siempre que se expongan con el debido respeto a los demás y sin obstaculizar el diálogo abierto. El diálogo por encima de todo. Luego, cada cual está en su perfecto derecho de aprobar o rechazar sin aspavientos aquello que se hubiere propuesto. En definitiva, hablando se entiende la gente.

—Por favor, vaya al grano, que a las cinco debo estar en la oficina —le apremié, pero él continuó como ignorando mi advertencia:

—En un trato donde una de las partes gana y la otra pierde, se evidencia que no ha existido el diálogo, sino la imposición o el engaño. Para que un acuerdo se considere verdaderamente equitativo es necesario que las dos partes dialogantes obtengan un beneficio. En conclusión, yo me presento a usted en son de paz, con la mano tendida; no está en mi intención hacerle ningún daño. Mi única pretensión se reduce a que debatamos con serenidad mi propuesta democrática; a iniciar una negociación amable entre iguales. Si acepta, se lo aseguro, los dos saldríamos ganando.

Miré de nuevo mi reloj de pulsera.

—Bien, vayamos al grano como usted dice. El otro día le vi en la piscina y, con toda

sinceridad, sus carnes desnudas me resultaron especialmente apetitosas...

—¡Pare el carro, amigo! —le corté en seco—. Yo respeto la orientación sexual de cada uno, pero le advierto que se ha equivocado de persona. No soy homosexual. Así que doy por terminada mi conversación con usted, antes de que pasemos a mayores.

Me levanté llamando al camarero para abonarle la consumición.

—No se ponga así, señor mío, que no se trata de eso. Siéntese, por favor —me rogó con la mayor de las sonrisas—. Recuerde mi consigna: «Hablando se entiende la gente». Además, esta ronda corre de mi cuenta.

De súbito pensé que a lo mejor era un pintor y me quería para modelo.

—¿De qué se trata, entonces? —inquirí.

—Puesto que tiene prisa y no es posible un diálogo pausado, le voy a hablar con toda franqueza; eso sí, aunque en principio no pueda agradarle mi propuesta, prométame que lo pensará detenidamente. No quiero agobiarle con una respuesta rápida, pero tenga la seguridad de que si acepta, estoy dispuesto a entregar, a usted o a su familia, una cantidad verdaderamente sustanciosa. Estoy hablando de millones.

Hizo una pequeña pausa y continuó:

—Esta es mi propuesta: me gustaría que me donase su cuerpo para comérmelo.

Quedé unos instantes en suspenso, sin capacidad de reacción, dudando todavía de haber oído bien. Solamente cuando el individuo justificó con toda naturalidad su increíble propuesta —«¿Qué le voy a hacer? Me gusta la carne humana como a otros el cordero o la langosta. Es una aspiración tan legítima como las demás»—, tomé conciencia de sus intenciones y conseguí articular:

—Pero, ¿qué dice? Que me quiere comer, ¿a mí?

—Como lo oye; eso sí, siempre que usted sienta el mismo placer al ser comido que yo al devorarlo, mediante una negociación tranquila entre personas civilizadas.

Sus palabras me produjeron una risa histérica.

—Está usted rematadamente loco —acerté a pronunciar.

—Y si no le apetece que me lo coma entero, me conformaría de momento con un brazo, una pierna, incluso sus partes geniales. Todo es cuestión de negociarlo serenamente.

Intuyendo que se me acercaba demasiado, le arree semejante manotazo en pleno rostro que di con él en el suelo. «¡Váyase a tomar viento!», exclamé. Mientras esperaba de pie las vueltas del camarero, el tiparraco, sin modificar la posición en que había caído y palpándose la sangre que fluía de sus narices, me increpaba:

—Ya veo que no es una persona dialogante ni demócrata, porque prefiere la violencia a la paz y la palabra. Es usted un inmovilista, un autoritario de ideas fijas a quien le asustan la negociación y el diálogo; inseguro de sí mismo y carente de la suficiente valentía para llegar pacíficamente a un acuerdo justo

Salí del bar muy excitado y nervioso. Camino de la oficina, dándole vueltas a lo sucedido, me asaltó una fuerte inquietud. Giré sobre mis pasos y me dirigí a la comisaría más cercana donde denuncié el caso. Allí ya tenían noticias reiteradas del individuo. «Pero si no hay lesiones, nada podemos hacer», me dijeron. Unos días más tarde me hice con un arma defensiva de la que no me separo ni para ir al váter.

*

LEMA: Cardenio

MÁS NEGRO QUE EL CARBÓN

“ La mina es algo más que un lugar en el que trabajamos, es un lugar con el que hablamos y al que sentimos, la mina nos conoce y nos contesta, a veces nos cuenta historias de tiempos pasados y otras veces se entristece y llora cuando piensa en un futuro a solas, sin nosotros, sin nadie que la visite, la acaricie y la comprenda.

Nosotros comprendemos a la mina, ella nos da todo lo que tiene, nosotros la extraemos sus entrañas a través de caricias de hierro y fuego; pero a veces, sólo algunas veces, ella se vuelve triste y melancólica, enferma de soledad y abandono, y nos devuelve las caricias con abrazos, abrazos violentos y desgarrados que nos retienen junto a ella para siempre...

La mina respira en silencio y nosotros sentimos su aliento en la nuca, pegado a nosotros, nos acompaña siempre, aunque no bajemos a visitarla. Nos sentimos amantes de una mujer bellísima y misteriosa, a quien se venera y se desea, a quien se evita y se teme.

La mina nos observa fijamente, notamos su mirada clavada en nuestra espalda, anclada a nuestro cuerpo y sentimos miedo, buscamos a alguien que nos acompañe para desterrar el temor, pero no lo conseguimos. El miedo flota en la mina, es como una mosca que se posa en tu cara y no puedes espantar, es como un picor que nunca cesa, como la sombra de la que no puedes huir.

La mina tiene mil brazos de oscuridad que te acarician el rostro al caminar y penetran por entre las ropas a todo tu cuerpo. A la mina no se la odia, se la respeta y, a veces, se la ama, se la teme y se la siente y nunca se la olvida.

Mi abuelo decía que la mina era como una sirena bella y misteriosa, peligrosa y atractiva. Una amante imposible que te invita a sumergirte con ella en la mar si quieres gozarla, pero al mismo tiempo te alerta del riesgo a ahogarte si la sigues.

La mina es un duelo y una esperanza, una noche oscura y un amanecer luminoso, el miedo y el llanto, la amistad y el encanto, la lucha y el descanso. La mina no es un lugar, es un estado, una forma de ser y sentir; la mina es... mi vida, nuestra vida y nosotros somos la suya. “

No pude seguir leyendo aquellas páginas. Para mi estaba muy claro: la mina era sólo una cosa, la mina era el pan y la vida, una vida llena de miedo y ansiedad a todas horas, sobre todo cuando estaba fuera, en casa, en el bar, con mi mujer y mis hijos, tratando de disfrutar cada segundo intensamente, en plenitud, con fuerza, como si fuera la última vez.

Nuestras mujeres, ellas sí que sufren en silencio, con una sonrisa en los labios, despidiéndonos cada vez que vamos al trabajo, no importa ni a qué hora ni qué día, no importa que tengan que levantarse a las cinco y después volver a acostarse para no dormir, en invierno o en verano, las mujeres del pueblo se levantan cada amanecer para despedir a sus maridos, sus hijos o sus hermanos, como si fueran a la batalla, como si fuera la última vez que los vieran con vida.

- Vamos Pablo, es nuestro turno. Deja ya ese libro, que te va a trastornar. ¡ A quién se le ocurriría escribir sobre lo que es la mina! Seguro que el tipo ese nunca estuvo dentro.

- Deberías leerlo. Es como si la mina te hablara.

Caminamos en silencio hacia la jaula entre la brisa del amanecer, envidiando por un momento a los que van a salir de ella con el rostro negro y la mirada brillante, un suspiro de alivio y todo el día por delante.

La jaula se desliza pesadamente hacia el pozo, hacia las entrañas de la tierra, no hay luz en la jaula, solamente las lámparas de nuestros cascos iluminan una penumbra llena de sombras y silencio.

Alguien bromea sobre el partido del domingo y todos nos echamos a reír. Las bromas son la esencia de la mina, nadie bromea más que un minero en el horizonte de la noche de la mina. Las bromas y las risas sacuden el miedo. Es como un traje lleno de polvo al que se sacude y sacude hasta que queda limpio. El miedo nunca se limpia, las bromas lo golpean repetidamente, pero nunca se va.

A veces el tiempo se para en la mina, miras al reloj y siempre marca la misma hora, buscas a tus compañeros y ellos tienen la misma hora, sigues trabajando sin mirar al reloj y la sirena nunca toca; entonces bromeas, cuentas chistes y te inventas historias imposibles hasta que por fin el reloj comienza de nuevo pausadamente su lento caminar hacia la luz del día.

- ¡ Hostia !

- ¡ Joder, no !

Los gritos son ahogados por un fuerte estruendo que precede al derrumbamiento, el polvo lo invade todo, no lo vemos pero lo respiramos, lo podemos sentir alrededor nuestro acercándose, envolviéndolo todo en la negra penumbra, dispuesto a abalanzarse sobre nosotros en cualquier momento, dispuesto a estrangularnos lentamente. El aire es pesado y polvoriento, las finas partículas se meten lenta pero inexorablemente en nuestros pulmones y no podemos hacer nada. Rezar o llorar, suplicar por una ayuda que siempre llega tarde.

Me duele la pierna, siento que algo la atenaza, la sujeta, la agarra con furia como si quisiera arrancármela. No puedo gritar, el polvo sigue cubriéndolo todo, no lo veo pero lo respiro y esa respiración es cada vez más lenta, jadeante al principio y ahora pausada, horriblemente pausada y quebradiza.

No puedo ver a los demás, ni siquiera los oigo. Trato de sosegarme, el polvo tampoco les dejará gritar y la oscuridad... lo peor es esta maldita oscuridad.

Siento cómo me abraza la noche pegajosa, cómo me aprisiona entre sus garras de silencio y tengo miedo, siempre tuve miedo pero ahora sé cómo es, ahora lo tengo enfrente, ahora lo veo cara a cara, ahora lo siento, siento su aliento en mi nuca y su mirada en mi rostro.

Trato de huir y no lo consigo, la pierna no me pertenece, no se mueve, no me responde y la oscuridad lo envuelve todo con su manto de luto, no existe el tiempo, no late la vida aquí dentro, el silencio lo cubre todo, es un silencio de desolación y penumbra, una ausencia melancólica, el grito de la impotencia.

Quiero gritar, llamar a mis compañeros, a José Mari que se acaba de casar hace un mes y en cuya boda nos emborrachamos todos, a Lucas al que tomamos el pelo porque a su edad espera gemelos, a Pedro, abogado en paro, que tiene que bajar aquí a ganarse la vida como todos y sobre todo a mi. A mi que soy todavía joven y no quiero morir así, ni así ni de ninguna manera.

Temo pensar y creo que en cualquier momento, si el polvo me lo permite, comenzará a pasar por delante mío toda mi vida y eso sí que no podría soportarlo, sería el preámbulo de la muerte, eso es al menos lo que

dicen, que justo antes de morir uno ve toda su vida de repente, como en una secuencia resumen de una película y yo, yo no quiero morir, no quiero verlo.

Cierro los ojos en la oscuridad para no verla, para no ver todo negro, de ese negro sombrío que me envuelve y entonces, en ese momento, comienzan a surcar mi mente las imágenes mudas de toda una vida.

La boca de la mina es un hervidero de gente angustiada, hace horas que la brigada de rescate trabaja en condiciones penosa y todas las miradas se dirigen hacia la entrada, hacia el agujero negro excavado en la roca. Son miradas silenciosas y fatalistas, miradas húmedas que proyectan sobre sus ojos imágenes parpadeantes que se acercan súbitamente llenas de esperanza para alejarse lentamente en un estallido de tristeza resignada.

Ajenos a la lluvia que golpea pesadamente sus paraguas de luto, las gentes del pueblo permanecen quietas, absortas, en éxtasis de angustia, tratando de detener el tiempo que ahoga sus esperanzas y pidiendo con todas sus fuerzas a la santina, cuya imagen aprietan las mujeres entre sus manos temblorosas, que la mina devuelva a sus hombres a casa.

- Cuidado, no rompas aún, guage.
- Eso es, con suavidad.
- Allí está la 23. Joder, está tapada.

La brigada trabaja a destajo retirando los escombros de la entrada de la galería, apenas hablan, sienten que el tiempo transcurre frenéticamente, en un suspiro helado de muerte que les envuelve, sienten que la vida de sus compañeros está en sus manos y el miedo les recorre en un sudor frío. No están solos, cientos de miradas de esperanza les empujan desde el exterior y sus manos, multiplicadas, siguen desescombrando.

Tienen miedo, no es un miedo irracional y paralizante, es miedo al fracaso, miedo a no llegar a ellos, a no poder rescatarlos o a hacerlo... demasiado tarde.

En el silencio, una imagen tantas veces proyectada en sus retinas les persigue, es una imagen que han sufrido muchas veces y que siempre, aun hoy, les llena de pavor: ven a la brigada de rescate, a ellos mismos, saliendo de la mina cabizbajos, con las lágrimas al viento y las manos vacías.

Sienten cómo todas las miradas les golpean violentamente, primero en una marejada de curiosidad y esperanza para dar paso después a una calma contenida de decepción y angustia, tan solo interrumpida por algún grito lejano o un llanto no disimulado. Se sienten observados por todos pero no pueden sostener sus miradas suplicantes, quisieran regresar otra vez abajo, a la oscuridad, a luchar otra vez contra la muerte, aunque sólo fuera por no tener que pasar junto a las mujeres de sus compañeros atrapados sin una noticia, una palabra de consuelo, una esperanza, sin nada.

Llevan los rostros negros y los pulmones cansados, no sienten los brazos ni las piernas, les duele el alma y saben que ese dolor no se apaga fácilmente.

Se abrazan al siguiente grupo de rescate y les informan de que abajo la situación es difícil, la galería 23 está totalmente sepultada y no creen que haya una bolsa de aire, ojalá, les dicen, y les desean suerte, más de la que ellos han tenido.

Entre el miedo, el dolor y el cansancio siguen desescombrando, hasta que una sirena lejana les anuncia que ya han transcurrido sus cuatro horas de trabajo infructuoso y que la imagen, esa imagen que les persigue y les llena de horror, va a volver a producirse cuando la jaula eleve sus rostros manchados y sus brazos cansados hasta la boca de la mina y su mirada cabizbaja y vidriosa anuncie en el silencio tenebroso que han vuelto con las manos vacías.

La noche cae pesadamente sobre los rostros afligidos que, inmóviles, permanecen en el exterior ajenos a cuanto les rodea, ajenos al equipo de televisión cuyos focos proyectan sombras oscilantes sobre la boca de la mina, lugar al que todos observan con sus miradas perdidas y el corazón encogido.

Como la luz del día que, herida mortalmente por el ocaso, se desvanece por el horizonte montañoso, así se difumina la esperanza, lenta e inexorablemente.

La reportera de televisión se ha acercado audazmente a los familiares de José Mari y ante el estupor general, profanando la ley del silencio respetuoso con la tragedia, les ha preguntado cómo se sienten.

Cientos de miradas furiosas se han clavado en su cara de muñeca suave lanzando llamas de indignación que han cegado sus ojos y silenciado su voz. La Guardia Civil ha debido protegerla antes de que la ira golpease con su

puño de hierro. Jamás olvidará la reportera esas miradas de fuego que han quemado su alma.

Tras el manto de silencio que envuelve la escena pueden leerse los rostros de los mineros que aguardan en el exterior la consumación de la tragedia, en sus ojos brillantes por la humedad contenida hay rabia, ira, indignación y tristeza, pero sobre todo impotencia. El hombre percibe su insignificancia en el seno de la naturaleza hostil y poderosa.

Sus labios lanzan a la fina lluvia suspiros de alivio contenido. Esta vez no han sido ellos, se han salvado por la suerte o porque ha querido la santina, pero la próxima vez, esa próxima vez que sin duda habrá, ellos pueden estar dentro y ser sus familiares los que, con la vista perdida en la boca de la mina, junto al dispensario, permanezcan allí bajo una hoguera de esperanza que el tiempo va consumiendo poco a poco.

- ¡ Allí, allí !

- Espera, con cuidado, asegura bien la viga.

Al fondo de la galería 23, la segunda brigada de rescate ha visto un bulto tumbado entre la niebla oscura.

Avanzan pesadamente, tratando de asegurar el estrecho túnel que desescombran, sin dejarse llevar por la ansiedad. El tiempo avanza en contra, pero deben seguir sin riesgos, con la cabeza fría, intentando evitar el agravamiento de una tragedia cierta.

- Joder, es una viga.

Decepción, llanto contenido, esperanzas rotas, corazones sangrantes, el tiempo pasa a ritmo vertiginoso y la búsqueda es infructuosa.

- Tienen que estar aquí, joder, aquí mismo.

En la noche oscura de la mina, noche de luto y llanto, estrellas fugaces recorren la galería 23, son los cascos de la brigada de rescate, que se mueven de un lado a otro del cielo nocturno, lentamente, iluminando el suelo cubierto de escombros, impregnándose del polvo que envuelve la estancia, a la caza de un rescoldo que avive la hoguera de la esperanza.

- La pared, la pared.

- ¡ Son ellos ! ¡ Son ellos !

Junto a la pared, en la vanguardia de la excavación, cubierto de polvo negro, más negro que el carbón, yace una silueta sepultada en una tumba

prematura de oscuridad y silencio. El martillo, apoyado a la pared, parece una cruz de hierro y la luz cegada de su casco sepultado, una antorcha eterna por el descanso de su alma de minero. Un alma que vagará por la mina para alertar a sus compañeros de los peligros que acechan por ahí abajo, será esa corriente de aire que a veces golpea los rostros y hiela la sangre, será ese cúmulo de polvo que flota en lo alto de la galería y cubre los rostros de negro, será esa luz que ilumina el túnel y que a veces parpadea inexplicablemente, será una voz que grite en la oscuridad para avisar del riesgo, será un amante eterno atrapado por la mina.

- No tiene pulso.

- ¡ Hostias, no !

Hombres duros, rudos, salvajes y ásperos llorando amargamente como niños abandonados. Rostros negros recorridos por torrentes que excavan surcos blancos de lágrimas. Sollozos y silencio. Una camilla de sábanas negras que asciende en la jaula hacia la noche sombría. Dolor y tragedia.

- Aquí. ¡ Venir aquí !

- Este tiene pulso. Tiene pulso.

- Rápido, vamos arriba.

Masajes cardiacos, unos pulmones que quieren meter en otros todo el aire del mundo, lágrimas de esperanza y alivio.

- Déjame a mi, ha tragado mucho polvo.

Aire, viento, oxígeno, calor y vida, un débil hálito de vida lucha por no desvanecerse en el vacío. Otra camilla de sábanas blancas busca la noche lluviosa, los rostros son alegres, ansiosos y llenos de esperanza.

Parece que la jaula se ha atascado en su ascenso, que no sube, que tarda siglos y el tiempo es vital. Desean estar ya arriba, llevarle al dispensario, que limpien sus pulmones, que siga respirando, que la vida no le abandone, vencer, por una vez, a la tragedia. Ganar una batalla aunque ya hayan perdido la guerra.

Las dos jaulas ascienden y no han transcurrido las cuatro horas del turno de rescate, algo ha sucedido. Los ojos se mantienen fijos en las luces rojas, la tercera brigada se prepara para el relevo y el silencio lo envuelve todo en una negra nube de presagios de luto.

No hay palabras, las miradas preguntan y los rostros hablan. En una jaula, los cuerpos cabizbajos y el llanto empujan lentamente una camilla envuelta en sábanas de dolor. En la otra, los rostros erguidos y los ojos brillantes arrastran rápidamente una camilla de luz y esperanza.

Hacia el dispensario, junto a la boca de la mina, donde los familiares esperan. Hacia el dispensario, donde las esposas se convierten en viudas y los hijos en huérfanos. Hacia el dispensario, donde sus paredes han sentido todo el dolor del mundo.

Un grito en la noche, un estruendo prolongado y amargo que el viento gélido transporta en sus brazos de aire y que golpea los rostros de los presentes para deslizarse después lentamente hacia sus corazones e instalarse allí, junto a sus recuerdos, en otra herida más causada por la mina, otra hemorragia de tristeza que va desangrando su alma.

Abrazos a una camilla inerte, bajo sábanas de luto que esconden un rostro helado, dolor, lágrimas y lamentos.

Sollozos de alegría y esperanza que estrechan una mano temblorosa de un cuerpo que respira pausadamente y unos ojos brillantes que inundan unas mejillas de carbón.

Tristeza y alegría, dolor y esperanza, desolación y alivio, tragedia y sonrisas, alfa y omega, la vida misma.

En el suelo del dispensario un libro de tapas de carbón y páginas negras ha caído, quedando abierto caprichosamente en una hoja arrugada:

“ Nosotros comprendemos a la mina, ella nos da todo lo que tiene, nosotros la extraemos sus entrañas a través de caricias de hierro y fuego; pero a veces, sólo algunas veces, ella se vuelve triste y melancólica, enferma de soledad y abandono, y nos devuelve las caricias con abrazos, abrazos violentos y desgarrados que nos retienen junto a ella para siempre... “